A vibrant mosaic depicting the Holy Family. Jesus, with a golden halo, is shown in the upper left, holding a long wooden staff. Mary is in the lower left, and Joseph is in the lower right. The background features a brick wall and a blue sky with a yellow sun. The mosaic is composed of various colored tiles in shades of gold, red, white, green, and blue.

Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ Carlos Card. Osoro Sierra
Curso 2019-2020

En la misión:
«¿Qué quieres que haga por ti?»

Edita:

Medios de Comunicación del Arzobispado de Madrid
C/ La Pasa, 5, 28005 - Madrid

Imprime:

COFÁS S.A.



Con la colaboración de la Consejería de Educación
y Juventud de la Comunidad de Madrid

Imagen de portada:

El rescate de Adán y Eva. Mosaico de Marco
Ivan Rupnik en la sacristía mayor.
Catedral Santa María la Real de la Almudena.
Fotografía de Archimadrid / José Luis Bonaño.

Puede descargar la carta en PDF en archimadrid.es

En la misión:

«¿Qué quieres que haga por ti?»

Introducción

En estos cuatro últimos años hemos realizado un camino largo en nuestra archidiócesis de Madrid. Ha venido marcado fundamentalmente por *procesos*, aunque hemos vivido también algún *evento* que nos ha ayudado a profundizar en ellos. Ha sido un camino marcado por la necesidad de abrir a todos los hombres a la alegría que nace de la fe, la esperanza y el amor, fruto del encuentro con Jesucristo que engendra en el corazón de todos esa pasión por darlo a conocer. Creemos que Él es la Vida, el Camino, la Verdad, y la Salvación para toda la humanidad. Y con este convencimiento asumimos y queremos vivir con todas las consecuencias las palabras del Papa Francisco: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo, siempre nace y renace la alegría. Me parece tan importante que a todos los fieles cristianos los quiero invitar a una nueva etapa evangelizadora, marcada por esa alegría, indicando, así, caminos para la marcha de la Iglesia, en los próximos años»¹.

El Papa Francisco nos recuerda que «también los creyentes corren el riesgo [...] Y muchos caen en él, y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida»². Precisamente para no caer simplemente en la queja, hemos estado tres años realizando el Plan Diocesano de Evangelización, el PDE como lo hemos venido llamando, que lo que pretendía era que los propios cristianos, a través de grupos de reflexión y trabajo y con el método de la *lectio divina*³, fuesen descubriendo *entre todos, con todos y para todos* los retos que consideraban más urgentes que acometer en la misión de la Iglesia diocesana en estos momentos. Quiero manifestar aquí mi

¹ EG 1.

² EG 2.

³ Como es sabido, se llama así al itinerario que, de manera personal o comunitaria, nos conduce desde el texto de la Palabra de Dios hacia el encuentro con el Señor que habita en la Iglesia. Es una lectura orante de la Palabra de Dios utilizada desde los primeros tiempos del cristianismo.

agradecimiento a todos los grupos de parroquias, comunidades e instituciones diversas de la Iglesia que han realizado este trabajo y que, como ellos mismos han manifestado, han visto que el origen de nuestra alegría es el encuentro con Jesucristo. En definitiva, las palabras del Papa Francisco se hicieron evidentes en estos grupos: «Nos hace tanto bien volver a Él, cuando nos hemos perdido! [...]. ¡No huyamos de la resurrección de Jesús!, ¡nunca nos declaremos muertos!, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida, que nos lanza hacia adelante!»⁴.

Después de los trabajos de estos tres años del PDE, recopilando todo lo que los grupos han aportado y que se recoge en el Documento final del Plan Diocesano de Evangelización⁵, discerniendo las aportaciones de todos los grupos, se han concluido tres líneas de fuerza que coinciden con algunos de los temas tratados en los últimos Sínodos: familia, jóvenes y presencia de los laicos en la vida social. Será sobre estas tres líneas sobre las que trabajemos y diseñemos el Plan Misionero Diocesano (PDM). Hemos de cuidar el estilo de evangelizar, de realizar la misión. Lo hemos de hacer desde una convicción que deberíamos tener clara, expresada también por el Papa Benedicto XVI: «La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción»⁶.

¿Dónde está el lugar preferente de la misión? Podemos decir que «la actividad misionera representa, aún hoy día, el mayor desafío para la Iglesia [...] y que la causa misionera debe ser la primera. Tomarnos en serio estas palabras significa reconocer que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia [...], nos hace falta pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia»⁷.

⁴ EG 3.

⁵ Documento final del Plan Diocesano de Evangelización 2015-2018.

⁶ EG 14.

⁷ EG 15.

Desde estas convicciones quiero acercar a vosotros esta carta pastoral que os escribo al iniciar el primer año del Plan Diocesano Misionero. Quiere ser coherente con lo que al inicio de mi ministerio episcopal en Madrid comenzamos. Todos sabéis la gracia que ha sido el curso pasado el celebrar el Año Jubilar Mariano. Tenía un fin muy preciso: aprender junto a María a ser discípulos misioneros. *Con María, discípulos misioneros de Jesucristo*, como decía el lema. Os confieso que para mí fue un año de gracia el contemplar, vivir y anunciar que en María nuestra Madre tenemos el prototipo del discípulo misionero. Fue una gracia recibir las peregrinaciones de vicarías, algunos arciprestazgos, asociaciones, movimientos, colegios e instituciones muy diversas, así como impartir tres catequesis sobre el santo rosario en cada una de las ocho vicarías de la diócesis.

Pero lo más importante es volver hoy a constatar junto a vosotros que «pueden ser diferentes los caminos, pueden ser variadas las metodologías, son distintas las espiritualidades», pero sabiendo que «en la Palabra de Dios, aparece permanentemente este dinamismo de salida, que Dios quiere provocar en los creyentes [...]. Todos somos llamados a esta nueva salida misionera [...]. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio»⁸. Quiero daros las gracias a todos los sacerdotes y miembros de la vida consagrada y al laicado por el protagonismo que tenéis en hacer verdad que «la Iglesia sabe involucrarse [...]. La comunidad evangelizadora se mete, con obras y gestos, en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación, si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así olor a oveja y estas escuchan su voz»⁹.

⁸ EG 20.

⁹ EG 24.

He pedido luz al Señor para que me ayudara a elegir una página del Evangelio que diese el título y los contenidos fundamentales de esta carta pastoral. Y encontré en el Evangelio de san Marcos la respuesta que articula este texto que deseo que nos lleve a todos a vivir ilusionados en la misión. El misionero debe salir y ver las necesidades de los hombres de su tiempo, para llevar a Jesucristo y que sea el Señor el que hable y llegue al corazón de todos los que necesitan una «luz más grande». Cuando estamos asistiendo a una nueva época histórica, los discípulos de Jesús debemos ser protagonistas y entregar lo que es más necesario: la fe, la luz, un modo nuevo de entender al ser humano y de apartar de su vida todas las esclavitudes que solamente Jesucristo puede eliminar. En el inicio del cristianismo, a pesar de las persecuciones que sufrieron los primeros cristianos, la humanidad encontró la novedad más grande: los hombres y las mujeres somos todos hijos de Dios, con igual dignidad; somos todos hermanos y todos debemos percibir que somos imágenes de Dios, que se nos respeta en nuestra integridad, que tenemos valor en sí mismos y no por lo que somos o por lo que hacemos. Salgamos a la misión, pues «la actividad misionera representa, aún hoy día, el mayor desafío para la Iglesia»¹⁰. Todo esto lo he encontrado en el pasaje del ciego de Jericó (Mc 10, 46-52):

«Y llegan a Jericó. Y al salir él con sus discípulos y bastante gente, un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí”.

Muchos lo increpaban para que se callara. Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego diciéndole: “Ánimo, levántate que te llama”. Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le

¹⁰ RM 40.

dijo: “¿Qué quieres que haga por tí?”. El ciego le contestó: “Rabuní, que recobre la vista”. Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha salvado”. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino».

Y también os propongo un himno que habéis cantado muchas veces, que debiera ser el que nos recuerde que somos discípulos misioneros, llamados y comprometidos, metidos de lleno escuchando a Jesús, viviendo un encuentro con Él y con palabras y obras en la misión:

«Nos envías por el mundo,
a anunciar la Buena Nueva (bis)
Mil antorchas encendidas
y una nueva primavera (bis)
Si la sal se vuelve sosa,
¿quién podrá salar el mundo? (bis)
Nuestra vida es levadura
nuestro amor será fecundo (bis)
Siendo siempre tus testigos
cumpliremos el destino (bis)
Sembraremos de esperanza
y alegría en los caminos (bis)
Cuanto soy y cuanto tengo,
la ilusión y el pensamiento (bis)
Yo te ofrezco mis semillas
Y tú pones el fermento (bis)
Nos envías por el mundo
a anunciar la Buena Nueva (bis)
Mil antorchas encendidas,
Y una nueva primavera (bis)»

Cesáreo Gabarain, *Nos envías por el mundo*

Encontré además el título de la carta «*¿Qué quieres que haga por ti?*» y también los contenidos fundamentales de la misma que deseo nos guíen en este curso pastoral y primero del PDM: 1. En la misión evangelizadora, nada de este mundo nos resulta indiferente; 2. Vivamos la misión en comunión, unidos por la misma preocupación; 3. ¿Contaminados por la cultura del descarte o sanados por Jesucristo?; 4. Escuchemos cómo los hombres buscan y confían en Jesús: «Jesús, ten compasión de mí»; 5. Tentación en la misión: ocultar la realidad: «muchos lo increpaban para que se callara»; 6. Mirada y oído de Jesús en la misión: se detiene y llama: «¿Qué quieres que haga por ti?»; 7. En la misión, el abrazo y la ternura curan y atraen: Bartimeo recobra la vista y se hace discípulo.

Para seguir pensando

1. ¿Expreso con mi vida que es connatural a mi ser de discípulo misionero el salir, el anunciar el encuentro, el abrazo del Señor a la humanidad?

2. ¿Qué encuentro de novedad en la misión del cristiano?

3. Al leer el texto de Mc 10, 46-52 y la letra del himno que propongo, ¿qué nace en mi corazón?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

1.- En la misión evangelizadora, nada de este mundo nos resulta indiferente

«Y llegan a Jericó». ¡Qué hondura adquiere ver cómo el Señor se mueve por este mundo, cómo entra en las situaciones que viven las personas! Preocupado por todas las circunstancias, especialmente las que generaban sufrimiento, entraba en las mismas con el ardor de quien se ve a sí mismo con una tarea urgente y fundamental: «Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades, porque para esto he sido enviado»¹¹. La Iglesia tiene esa misma misión. Nos lo ha recordado el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «Sería un error entender la misión como una heroica tarea personal, ya que la obra es, ante todo, de Jesús [...]. Es el primero y el más grande evangelizador [...]. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la novedad es de Dios, que Él nos amó primero y que es Dios quien hace crecer lo que hemos sembrado. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea exigente y desafiante»¹².

Aquellas palabras de Jesús, «es preciso que anuncie», siguen teniendo para la Iglesia una importancia capital. Hemos de identificarnos siempre con ellas pues, como nos dice el Concilio Vaticano II, «testificando y exponiendo la fe de todo el Pueblo de Dios, congregado por Cristo, no puede demostrar de forma más elocuente la solidaridad, respeto y amor de este hacia toda la familia humana, en la que está inserto, que entablando con ella un diálogo sobre todos estos problemas, aportando la luz del Evangelio y suministrando a la humanidad las fuerzas salvíficas que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, recibe de su Fundador»¹³. Las palabras que siguen no tienen menos importancia, pues nos introducen

¹¹ Lc 4, 43.

¹² EG 12.

¹³ GS 3.

de lleno en cómo ha de ser esa acción evangelizadora y nos ayudarán a adentrarnos en la profundidad de los retos que deseamos afrontar como Iglesia que camina en Madrid: «Hay que salvar [...] a la persona humana y renovar la sociedad humana. Por consiguiente, el hombre, pero el hombre en su unidad y totalidad, con cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad»¹⁴. ¿Cómo llegar a la totalidad de lo que es el hombre en estos momentos de la historia, en las circunstancias concretas que vive? ¿Cómo tocar el corazón del ser humano al que le llegan tantas cosas y le hacen olvidar otras que son las más importantes en la situación cultural que estamos viviendo? Y aquí no valen lamentos o caer en situaciones de desesperanza o impotencia, pues sabemos bien que quien lo puede todo es el Señor y Él nos da siempre lo necesario para afrontar todas las situaciones del ser humano y poder llegar a su corazón.

«No se mueve la Iglesia por ninguna ambición terrena, solo pretende continuar bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra del mismo Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido»¹⁵. La entrada de Jesús en Jericó nos recuerda una vez más la misión de la Iglesia que no puede ser otra que la del mismo Jesús que, «al proclamar la altísima vocación del hombre y afirmar la presencia en él de un cierto germen divino, ofrece al género humano la sincera cooperación de la Iglesia para instituir la fraternidad universal que responda a esa vocación»¹⁶. Y si esta ha sido una misión que la Iglesia a través de los tiempos ha regalado en nombre de Jesucristo, no es menos cierto que en estos momentos de la historia, por las dificultades que pasa la humanidad en cuanto a la construcción de la fraternidad universal, es aún más necesaria.

¹⁴ GE 3a.

¹⁵ GE 3b.

¹⁶ Ibid.

Nunca puede olvidar la Iglesia *salir* a todas las situaciones en las que los hombres y las mujeres viven. Lo hizo Jesús y lo ha de hacer ella, pues quienes hemos acogido y participamos de la misma fe, reunidos en nombre de Jesucristo buscamos juntos el reino, lo construimos y lo vivimos. «Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza»¹⁷.

Hemos de conservar vivas las palabras y los hechos que dijo e hizo el Señor: «Es preciso que anuncie el reino de Dios en otras ciudades»¹⁸, y lo que hizo la Iglesia desde los primeros momentos de la evangelización; «¡ay de mí, si no evangelizara!»¹⁹. Quiero recordar aquí unas palabras de san Pablo VI cuando nos escribía a la Iglesia que «evangelizar [es decir, la misión] constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»²⁰. Vinculemos siempre la Iglesia a la acción evangelizadora: 1) Por su nacimiento, pues nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce; 2) Es enviada por el Señor, prolonga y continúa su acción con la oración, la escucha de la Palabra y las enseñanzas de los apóstoles, viviendo el amor fraterno, de tal modo que su testimonio se hace predicación y anuncio y provoca admiración y conversión, y 3) Permanece evangelizándose a sí misma, consciente de que es depositaria de la Buena Nueva que no puede guardar para sí misma²¹.

«Y llegan a Jericó»; podríamos traducirlo por «y llegan a Madrid». En este Madrid nuestro, en sus ciudades y pueblos, tenemos que evangelizar. Por eso, «fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demora y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie»²².

¹⁷ GS 4.

¹⁸ Lc 4, 43.

¹⁹ 1 Cor 9, 16.

²⁰ EN 14

²¹ Cfr. EN 15 y 16 y EG, 9-13.

²² EG 23.

Desde esta mirada integral, es muy importante descubrir «que el mundo no puede ser analizado solo aislando algunos aspectos, porque el libro de la naturaleza es uno e indivisible, e incluye el ambiente, la vida, la sexualidad, la familia, las relaciones sociales, etc. [...] El Papa Benedicto XVI nos propuso reconocer que el ambiente natural está lleno de heridas producidas por nuestro comportamiento irresponsable. También el ambiente social tiene sus heridas. Pero todas ellas se deben al mismo mal, es decir, a la idea de que no existen verdades indiscutibles que guíen nuestras vidas, por lo cual la libertad humana no tiene límites. Se olvida que el hombre no es solamente libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea por sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también es naturaleza [...]. El derroche de la creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros mismos»²³. Tener en cuenta estas heridas y ser creativos para curarlas y poder así anunciar el Evangelio es todo un imponente desafío. Creo que, entre otras, la Vicaría para el Desarrollo Humano Integral, así como los trabajos de investigación de nuestras universidades de la Iglesia y la Comisión Diocesana de Ecología Integral tienen un trabajo por delante importante para la acción misionera de la Iglesia que camina en Madrid. Les pido que sigan entregándonos propuestas y herramientas que nos ayuden a evangelizar esta dimensión tan esencial para la vida de nuestros contemporáneos.

El Concilio Vaticano II nos advertía sobre «la condición del hombre en el mundo de hoy». Reconociendo que «para cumplir esta tarea, corresponde a la Iglesia el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio». Quizá no nos hemos dado cuenta de la profecía que suponían sus palabras dadas con esperanza, nos hablaba de cómo la humanidad se encontraba en un nuevo periodo de la historia. Y en ese sentido advertía de los cambios profundos: cambios en el orden social; cambios psicoló-

²³ LS 6.

gicos, morales y religiosos; los desequilibrios en el mundo actual; las aspiraciones más universales del género humano; los interrogantes más profundos del hombre²⁴. La situación de la humanidad en el mundo ha cambiado, hemos de mirar esta nueva realidad y trabajar en esos campos que os invito a acoger a todos. Quienes vienen participando en nuestro proceso diocesano evangelizador y nos han entregado su reflexión sobre los «retos pastorales que tenía la Iglesia en Madrid», han sido mayoritariamente coincidentes en la necesidad de afrontar prioritariamente tres desafíos: familia, jóvenes y presencia de los laicos en la vida social. Todos podemos aportar algo en estas cuestiones. No en vano, el Espíritu Santo actúa en todos los seguidores de Cristo para mantenernos como discípulos misioneros.

En la Iglesia, como nos decía el Papa Francisco, «en su misión de fomentar la comunión dinámica, abierta y misionera, el obispo tendrá que alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación [...] y otras formas de diálogo pastoral, con el deseo de escuchar a todos y no solo a algunos que le acaricien los oídos. Y no tendremos que olvidar nunca que el objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos».²⁵ De igual modo, en todas las comunidades parroquiales habrán de crearse, donde no estuvieren, y mantenerse vivos los organismos de participación y misión que el Concilio Vaticano II nos señaló: consejos pastorales, consejos económicos y otros según las necesidades de cada momento. «Salió el Señor de Jericó». Así ha de salir la Iglesia en Madrid. Ello supone actuar y vivir la pastoral en clave de misión que pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Nos lo decía clarívidentemente san Pablo VI en su encíclica *Ecclesiam suam*: «Es el deber de la evangelización. Es el mandato misionero. Es el ministerio apostólico. No es suficiente

²⁴ Cfr. GS 5-10.

²⁵ EG 31.

una actitud fielmente conservadora. Ciertamente, tendremos que guardar el tesoro de verdad y de gracia que la tradición cristiana nos ha legado en herencia; más aún: tendremos que defenderlo. *Guarda el depósito*, amonesta san Pablo (1 Tim 6, 20). Pero ni la custodia ni la defensa encierran todo el quehacer de la Iglesia respecto a los dones que posee. El deber congénito al patrimonio recibido de Cristo es la difusión, es el ofrecimiento, es el anuncio, bien lo sabemos: *Id, pues, enseñad a todas las gentes* (Mt 28, 19) es el supremo mandato de Cristo a sus apóstoles»²⁶. Por eso, dice Francisco, «invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades [...]. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y, especialmente, con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral», donde el «anuncio se concentra en lo esencial»²⁷, sin que perdamos profundidad y verdad.

²⁶ ES 32.

²⁷ EG 33.

Para seguir pensando

1. ¿Me identifico con las palabras de Jesús «es preciso que anuncie el Evangelio»? ¿Por qué?
2. ¿Qué implica para mí salvar a la persona y renovar la humanidad?
3. ¿Qué me dice esta expresión: «Nunca puede olvidar la Iglesia salir a todas las situaciones en las que viven los hombres»?
4. ¿Qué supone para un cristiano incorporar a la misión la preocupación por la ecología integral?
5. ¿Qué signos de los tiempos destacaría hoy como importantes para tener en cuenta en la misión?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

2.- Vivamos la misión en comunión, unidos por la misma preocupación

«Y al salir Él con sus discípulos y bastante gente». El Señor quiso enseñarnos que hemos de salir juntos, como Él lo hizo, con sus discípulos y con bastante gente. La salida tenemos que hacerla viviendo la comunión. Solamente saliendo juntos haremos creíble la Buena Noticia. Ya nos lo decía san Pablo VI: existe un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. No es posible la misión, el anuncio, si separamos a Cristo de la Iglesia. La misión es la vocación clara y definitiva de la Iglesia de Jesucristo. Tiene que seguir confiadamente las huellas de su Fundador, que ya desde el inicio mismo nos enseñó a vivir en clave de misión, a convertir nuestra vida en misión.

¡Qué fuerza tiene recordar aquí el discurso del Papa Benedicto XVI a las Obras Misionales Pontificias! «Los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del Pueblo de Dios no son solo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones»²⁸. «Los apóstoles, transformados interiormente el día de Pentecostés por la fuerza del Espíritu Santo, comenzaron a dar testimonio del Señor muerto y resucitado. Desde entonces, la Iglesia prosigue esa misma misión, que constituye para todos los creyentes un compromiso irrenunciable y permanente. Por consiguiente, toda comunidad cristiana está llamada a dar a conocer a Dios, que es Amor»²⁹.

²⁸ Benedicto XVI, Discurso a las Obras misionales Pontificias (5-V-2007).

²⁹ Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de Misiones: «La caridad alma de la misión».

Cuando os hablo de vivir la misión en comunión y unidos por la misma preocupación, quisiera invitaros a que no hagamos reduccionismos cayendo en una misión meramente programática que se concentra exclusivamente durante un tiempo determinado, en el que unimos esfuerzos y recursos, en una salida misionera de modo que, cuando concluye, todo vuelve a ser igual. Quiero proponeros algo mucho más audaz, que va más allá de una misión programada, aunque no excluyamos momentos que se alienten especialmente: os convoco a una misión permanente. No se trata de programar acciones, que no se descartan y habrá momentos y circunstancias en las que debamos hacerlo, se trata de proyectar algo que no tiene terminación, que nos hace permanecer en «estado de misión». De tal manera que la misión se convierta en una clave de interpretación de toda nuestra acción pastoral, en la que se torna en todo un proceso en el que entran todos los ámbitos de la acción pastoral ordinaria. Es así como hemos de leer lo que Jesús nos dice: «Y al salir él con sus discípulos y bastante gente».

Convirtamos la misión en el paradigma de toda la acción evangelizadora. «La responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo en su parte».³⁰ Ello nos hará pensar no solamente en misionar para que se acerquen más personas a la catequesis o a los sacramentos. Es ir mucho más allá: se trata de asumir el desafío de repensar la realidad de todas nuestras tareas, catequesis, sacramentos, etc., en clave y en perspectiva misionera. La propuesta pastoral en clave misionera no es algo que se me ocurra de repente, surge de la lectura de los textos del Concilio y del magisterio de los Papas y, muy en concreto, de san Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Surge de la necesidad de una nueva relación con los que están fuera, es decir, con los no creyentes, los alejados, los no practicantes, la nueva cultura en la que estamos sumergidos y que constituye para nosotros un lugar prioritario para la misión. Se trata de vivir

³⁰ LG 17.

en un nuevo paradigma, pues, como hemos señalado, «la pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así” [...]. Intentar conseguir los fines, sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos [...] se convierte en mera fantasía [...]. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y muy especialmente, con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral»³¹.

La misión, el salir juntos a ella, el realizarla en estos momentos que nos toca vivir, no es fácil. Tenemos por delante un inmenso desafío a la creatividad pastoral. El fenómeno de la globalización, con tantos cambios culturales acelerados, la influencia tan grande de los medios de comunicación social y los múltiples retos de la movilidad humana y la diversidad suponen el nuevo horizonte en el que tenemos que incidir. Asumamos este desafío con la confianza ilimitada de que el Señor está con nosotros, nos acompaña en esta salida misionera. Salgamos juntos con Él, como lo hicieron en Jericó los apóstoles y otras gentes. No olvidemos aquello que tan bellamente afirmaba el Concilio Vaticano II: «La Iglesia sabe bien que solo Dios, a quien ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, que nunca se sacia plenamente con los alimentos terrestres [...]. Ninguna ley humana puede garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre tan perfectamente como el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia. [...] Por eso, la Iglesia, con la fuerza del Evangelio que le ha sido confiado, proclama los derechos del hombre y reconoce y aprecia mucho el dinamismo de este tiempo, con que se promueven por todas partes estos derechos. Sin embargo, este movimiento debe impregnarse del espíritu del Evangelio y protegerse de cualquier tipo de falsa autonomía. Pues estamos sometidos a la tentación de pensar que se protegen plenamente los derechos personales solo cuando nos vemos libres de toda norma de la ley divina»³².

³¹ EG 33.

³² GS 41.

La urgencia de un giro decidido hacia una nueva orientación pastoral, animada por una verdadera conversión pastoral, es un desafío a nuestra sensibilidad de discípulos misioneros.

¡Qué fuerza tiene salir juntos a la misión! Estamos invitados todos a participar en la misión, a hablar entre nosotros los discípulos de Cristo con valentía y parresía. ¡Qué alegría se introduce en el corazón de los discípulos de Cristo cuando integramos en nuestras búsquedas libertad, verdad y caridad! Así salió el Señor con todos a la misión, porque solamente el diálogo honesto y leal, integrando esas realidades, nos hace crecer. Sin embargo, la palabrería, el rumor, la sospecha o el prejuicio destruyen la misión y nos incapacitan como discípulos misioneros. «No haya entre vosotros ninguna división», nos amonesta san Pablo³³. Buena parte de esto lo aprendimos en el Año Jubilar Mariano de la mano de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, a quien quisimos descubrir como la primera y prototipo de discípulo misionero. No juzguemos y valoremos lo de todos con esa capacidad de acoger que nos da solamente el Señor. Todos tienen derecho a que los escuchemos. Después, juntos hagamos el discernimiento. Hagamos viable que la Iglesia acoja, escuche y camine, pues si no es así, nos cerramos a la novedad y esa sorpresa que Dios nos da siempre cuando eliminamos prejuicios y estereotipos.

Salir sí, pero manteniendo cada vez más y mejor una relación profunda con Jesucristo, no solamente formal, sino vital. Sigamos a Jesús, haciéndonos discípulos a su estilo y manera, con la pasión por el Reino como centro de la vida y de la acción eclesial. A ello nos ayudará una escucha atenta y diligente de la Palabra de Dios, que formula nuestra existencia, que nos ayuda a vivir en una intimidad con los deseos de Jesús y a descubrir que la misión es la razón de ser del discípulo. Y esto vivido en la parroquia, en la que se integran en la misión todas las realidades eclesiales que están en su territorio, manteniendo cada una de ellas su identidad, pero formulando explícita y visiblemente que juntos somos el lugar de la misión que afecta a toda la vida del barrio o del pueblo. Tengamos siempre este sueño de la Iglesia de la que somos parte y de la que María es modelo: siempre unida a Cristo, configurada con Él, presentándose en

³³ 1 Cor 1,10.

medio del mundo como faro de la humanidad. Regalemos de su parte a este mundo la fraternidad y el diálogo. Seamos capaces de encontrarnos con todas las culturas y con todas las situaciones en que se hallan el hombre y la mujer de nuestra época. Suscitemos vidas y caminos rectos y veraces que hagan retroceder las guerras, el hambre, las injusticias, las medias verdades. Que no sea la fuerza, sino el ímpetu del Espíritu Santo el que persuada a nuestros contemporáneos a caminar hacia la verdad, la luz, la vida y la fraternidad. Cuando era sacerdote joven, en mi primera y única parroquia, esta es la propuesta de Iglesia que hice a los jóvenes. Hoy compruebo con alegría que, después de tantos años y en las diversidades de circunstancias en las que se encuentran, aún les queda esta pasión y se la quieren transmitir a sus hijos y nietos.

Para seguir pensando

1. ¿Qué significa y cómo se traduce en la Iglesia que camina en Madrid el salir juntos?

2. ¿Qué es y qué supone la misión realizada en comunión, unidos por la misma preocupación?

3. ¿Qué características tiene la comunidad en la que vivo el permanecer en estado de misión como clave interpretativa de la acción pastoral?

4. Proteger los derechos humanos no es vernos libres de toda ley divina; todo lo contrario: los derechos se vuelven más vulnerables cuando apartamos a Dios del ser humano y convertimos al hombre en creador de esos derechos. ¿Qué pienso de esta afirmación y por qué?

5. El sueño de la Iglesia ha de ser la vida de Santa María, siempre unida a Cristo, configurada con Él. ¿Es este mi sueño de discípulo misionero? ¿Cómo lo hago y vivo?

.....

.....

.....

3.- ¿Contaminados por la cultura del descarte o sanados por Jesucristo?

«Un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna». ¡Cuántas personas y grupos encontramos al borde del camino en estos momentos de la historia! Piensa por un momento en los que tú mismo ves y dales nombre. Estamos en una época nueva, la era de la cultura digital, del conocimiento y la información. Se generan enormes saltos cualitativos, cuantitativos, acelerados y acumulativos que tienen su manifestación en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus aplicaciones a tantos campos de la vida. Esta nueva realidad de las ciencias, de las tecnologías de la información e intercomunicación cibernética, ha favorecido un desarrollo de dimensiones planetarias en todos los ámbitos, sobre todo en el mundo económico y financiero. ¿Qué supone esta globalización como ideología económica cuando se idolatra el afán de lucro? Ciertamente afecta gravísimamente a los más pobres. Hoy hay muchos Bartimeos, pues las injusticias y las desigualdades son cada día más profundas. Cada día hay más gente al borde del camino, cronificada en la exclusión y la marginación sin acceso a derechos fundamentales³⁴. Frente a otras épocas, surge un fenómeno nuevo: aparece Bartimeo que está ciego y además se encuentra en la cuneta, al borde del camino. Hoy nos encontramos, también en nuestra archidiócesis, a hombres, mujeres y grupos que no solamente están *abajo* en la estratificación social, no solo no tienen ingresos suficientes; además carecen de poder, malviven en las periferias y, más que explotados, son manifiestamente prescindibles. Se encuentran fuera de nuestra sociedad, excluidos, sin voz ni derechos, sobrantes y descartados.

¿Qué nos está sucediendo? ¿Qué constataciones podemos hacer de nuestra cultura? ¿Cómo afecta esto a la Iglesia? Recordemos algo que es fundamental: «La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social, pues el fin que le asignó es de

³⁴ Cfr. VIII Informe Foessa sobre Exclusión y Desarrollo social en España, Caritas Española, Madrid, 2019.

orden religioso. Pero precisamente por esta misma misión religiosa fluyen tareas, luz y fuerzas que pueden servir para construir y fortalecer la comunidad de los hombres según la ley divina [...]. Ella misma [la Iglesia] puede, incluso debe, suscitar obras destinadas al servicio de todos, y especialmente de los más necesitados, como las obras de misericordia u otras semejantes. Además, la Iglesia reconoce todo el bien que se encuentra en el actual dinamismo social; sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización y asociación civil y económica»³⁵. Para la Iglesia, para todos los cristianos, es fundamental no olvidar esto. Ello nos llevará no solo a salir a los lugares donde están los que viven al borde del camino, sino a poner todos los medios necesarios para que nuestra cultura no sea dual y exclusógena, no tenga dos caminos, sino que tenga un único camino, el del encuentro. Los discípulos de Cristo tenemos la gran tarea por delante de cultivar esta cultura del encuentro, que es la que inició Nuestro Señor Jesucristo.

¿Por qué se da una cultura dualista? ¿Cómo se genera? ¿Qué está sucediendo para que estemos viviendo una cultura excluyente donde lo moderno, confortable y avanzado convive separadamente con lo antiguo, precario y miserable? Recordemos las consecuencias que tiene esta cultura dualista para la vida de los hombres. Entre otras cosas, que cada día se generan más personas y grupos de «ciegos y al borde del camino», porque la visión individualista y el afán consumista es lo que predomina. De tal modo, que la preocupación economicista se convierte en lo único esencial a costa de lo que sea. Ello genera una profunda crisis de valores donde las instituciones esenciales para la vida, como la familia o la educación, se ponen en cuestión, llevándolas a vivir una profunda crisis de significación y relevancia. Ciertamente, esta cultura dualista consolida dos situaciones: por una parte, viven bien los que tienen; por otra, están los sobrantes, los que quedan al margen y se ponen al borde del camino, a los que se van sumando las clases medias cada vez más frágiles.

³⁵ GS 42.

¡Qué bueno es para la Iglesia ver cómo Jesús sale al encuentro del hombre siempre, en todas las situaciones, caminos y circunstancias! En efecto, «Cristo fue enviado por el Padre a “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos” (Lc 4,18), “para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo»³⁶.

Hoy sigue habiendo personas y grupos humanos que viven al borde del camino y que, además, están ciegos. Pero, como nos decía el Papa san Juan Pablo II en su primera encíclica, «Jesucristo sale al encuentro del hombre de toda época, también de nuestra época, con las mismas palabras: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”. Estas palabras encierran una exigencia fundamental y, al mismo tiempo, una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo»³⁷.

A través de los siglos, comenzando por los mismos apóstoles, ¡cuántas veces ha aparecido Jesucristo en el camino real de los hombres, hasta llegar a la muerte por los hombres en su servicio a la verdad! Jesús siempre ha aparecido al lado de los caminantes angustiados (cfr. Lc 24,13-35), como lo está ahora en tantas partes de la tierra donde se padece la injusticia y la exclusión. Allí está Jesús realmente, donde un hombre o una mujer toman la decisión firme no desde sus propias fuerzas, sino desde las que les presta Jesucristo, de ser, en su nombre, portavoz y abogado de todo ser humano que vive al margen.

³⁶ LG 8c.

³⁷ RH 12.

Salgamos a los caminos, no nos dejemos encerrar. El proceso de secularización tiende a reducir a la fe y a la Iglesia al ámbito de lo privado, de lo íntimo. Pensemos lo que significamos en medio del mundo si llevamos a Jesucristo, si somos en Él, desde Él y por Él, y si llevamos a la vida el deseo de Cristo de ser uno, vivir la comunión, unidos los discípulos de Jesús y trabajando entre todos, con todos y para todos. El secularismo comienza negando toda trascendencia. Se produce entonces una tremenda deformación ética y estética, un debilitamiento del sentido de pecado personal y social, un aumento profundo del relativismo moral, que ocasionan desorientación e influyen de manera especial en los adolescentes y jóvenes. Hace muchos años le oía decir a un salesiano: «Roba, quítale al ser humano a Dios, despójale del referente último que es Dios, verás cómo se pierden todos los valores y termina convirtiéndose en alguien esclavizado, tirado al borde del camino».

En nuestra ciudad de Madrid pasea Jesucristo a través de tantos cristianos que entregan la vida. Por otra parte, tenemos muchos cristianos dispuestos a asumir la tarea de la evangelización directa. En este sentido, os invito a todos participar ya desde ahora en la Escuela de Evangelización que pronto inauguraremos para la formación de agentes evangelizadores. Dicha escuela nos preparará y nos hará ver los caminos por los que tenemos que pasar y hacernos presentes, pues hay personas y grupos al borde de los caminos y no los podemos olvidar. Laicos, adultos y jóvenes, vida consagrada, todos estáis llamados a vivir una experiencia singular mostrando el rostro de Jesucristo y la pertenencia eclesial con pasión, en las familias, en los grupos, con niños, jóvenes y adultos. Necesitamos evangelizar, pero no de cualquier forma, sino como nos decía el Papa san Pablo VI: «Lo que importa es evangelizar –no de manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta las mismas raíces– la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios».

Sé que puedo contar con vosotros, las familias, los jóvenes, los cristianos presentes en todos los ámbitos de la vida social de nuestra archidiócesis, asumiendo trabajos en las diversas obras sociales que tenemos o las nuevas que vayan surgiendo. Necesitan de acompañantes y tiene una importancia primordial el testimonio personal de los creyentes. Ese testimonio hace posible que los que nos escuchan y a los que acompañamos se pregunten en el fondo de su corazón: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esta manera? ¿Quién los inspira? ¿Por qué gastan el tiempo con nosotros? Sin olvidar que el testigo, si lo es de verdad, sabe serlo desde el silencio. Si, después, lo es también con sus palabras, será un testigo excepcional.

Para seguir pensando

1. ¿A quiénes encuentro hoy «al borde del camino», con nombres y situaciones?

2. ¿Cómo afecta a mi vida el encontrarme con personas excluidas, explotadas, sobrantes, descartadas? ¿Cuál es mi reacción inmediata? ¿Por qué?

3. ¿Qué obras suscito en la Iglesia, en mi comunidad para servir a todos? ¿Pongo algo de mi parte?

4. ¿Cómo he de colaborar en la construcción de la cultura del encuentro?

5. ¿Genero con mi modo de vivir una cultura dualista?

6. ¿Me dejo encerrar en el proceso de secularización? ¿Cómo me encierro o cómo salgo?

7. ¿Cómo me preparo para ser discípulo misionero?

.....
.....
.....

4.- El grito de esperanza de toda la humanidad: «Jesús, ten compasión de mí»

«Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Siempre me impresionó el grito de Bartimeo. Un grito que da porque pasa a su lado alguien del que ha tenido noticia y que es la esperanza de la humanidad. Siempre en ese clamor he visto la multitud de gritos que en diversas partes de la tierra dan los hombres y las mujeres en situaciones muy diferentes. Me impacta el grito de Bartimeo porque es el de quien reconoce en lo más hondo que él es de Dios, que no puede estar al borde del camino, que tiene que estar en el camino junto a los demás hombres. Qué bien lo reconoce el Concilio Vaticano II, cuando nos dice: «Dios, que cuida paternalmente de todos, ha querido que todos los hombres formen una única familia y se traten entre sí con espíritu fraterno. Pues todos, creados a imagen de Dios, que hizo de uno el linaje humano para que habitara toda la faz de la tierra, son llamados a uno e idéntico fin, es decir, a Dios mismo [...] Jesús cuando pide al Padre que todos sean uno [...], como nosotros también somos uno, ofreciendo perspectivas inaccesibles a la razón humana, sugiere cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y el amor»³⁸. No dejar a nadie apartado es tarea, propósito y compromiso de los discípulos de Jesucristo. No abandonar a ninguna persona en ninguna situación en la que se encuentre, por muy difícil que sea, es tarea de la Iglesia porque lo fue de Cristo.

¡Qué recuerdos nos trae el grito de Bartimeo: «Jesús, ten compasión de mí»! Son los gritos de tantos pobres, enfermos, de quienes sufren injusticias o no tienen lugar en este mundo, los que padecen hambre, los que no son reconocidos en su dignidad de imágenes e

³⁸ GS 24.

hijos e hijas de Dios, los que no saben quiénes son y para qué están en este mundo, los que no tienen una experiencia gozosa de la belleza de la familia, los que de formas tan diferentes están al borde del camino y que en forma de protesta o cansados ya y sin voz dicen una y otra vez, a veces sin saber del todo a quién se dirigen, ¡ten compasión de mí! Y la Iglesia atenta a todos los gritos y a quien está sin voz, como nos recordaba san Juan Pablo II, acercándose a los hombres y mujeres en todas sus situaciones, porque sabe que el hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en su misión. El hombre es el camino que nos traza Jesucristo a través del misterio de la Encarnación y Redención. En Jesús descubrimos cómo Él es el camino hacia Dios y el camino hacia el hombre. Y por ello la Iglesia, que tiene que seguir a Jesús, no permanece insensible a todo lo que le sirve al bien de la persona, como a todo lo que la amenaza y destruye.

En la línea de escuchar ese grito en nuestra Iglesia diocesana, «Jesús, ten compasión de mí», en el clamor de quienes están al borde del camino, os propongo tres categorías que necesariamente se han de convertir en tareas imprescindibles. Las sugiero porque las veo en el mismo Señor, en cómo Él realiza su camino: encuentro, acompañamiento y fermento.

¿Qué quiero vivir con la categoría de encuentro? Vivir como Jesús, que en todos sus caminos vive el encuentro con quienes están al borde del camino, no solamente cuando se encuentra con Bartimeo; lo vemos en todos los encuentros que aparecen en el Evangelio. Jesús no desaparece, va al encuentro de las personas, lo hace con la decisión de hacer ver que Dios vive en medio de la humanidad y también de sus dolores y esperanzas. Jesús se hizo hombre para encontrarse con todos, para dar y regalar la salvación. ¿A quién grita Bartimeo? ¿Por qué grita Bartimeo? Tiene necesidad de ver, tiene urgencia de

estar en el camino con todos los seres humanos y no al borde, desea ser. La categoría de encuentro supone tener una mirada privilegiada sobre la realidad de la humanidad, supone tener la mirada de discípulos misioneros. El celo misionero consume la vida, el querer llevar al corazón de los hombres el sentido completo y unitario que solo da Dios a la vida y que colma su anhelo de infinito.

¿Qué queremos expresar con el término acompañamiento? Acompañar no es imponer, es ayudar a descifrar quién eres y cómo has de vivir. Acompañar es ser capaz de que otro vea con la luz que mi vida y mis palabras le dan quién es y a qué está llamado. Acompañar es tomar la decisión de ponerse al lado de los hombres y de las mujeres, ponerse de su parte para decirles y comunicarles quiénes son y qué tienen que hacer, cuál es su misión en esta tierra. No es fácil acompañar. Se trata de dejar que el otro sea lo mejor de él mismo y logre mostrar la dignidad que habita en él como hijo de Dios. Hay que *sacar* de él lo que Dios puso desde que lo creó. La mayor exclusión que podemos provocar y, por supuesto, eso supone la renuncia cobarde a no acompañar, es el *no mirar*, el pasar de largo y no complicarnos la vida. Mirar nos sitúa en el sendero del acompañamiento y la implicación personal, en la cercanía y no en la distancia. Es como el padre que sale todos los días, varias veces, a mirar si se acerca el hijo que marchó. La mayor exclusión y descarte es no querer ver, no mirar. Por eso Jesús sale, escucha, se encuentra, acompaña y ve en profundidad toda su realidad, implicándose en ella.

¿Qué supone vivir la categoría de fermento? Que contagiamos y damos algo que viene de Dios, hace bien y nos hace crecer a nosotros y a los demás. Hay que decir, entre otras cosas, que la fe, la adhesión al Señor, mejora por sí sola el entorno en el que vivimos. La cercanía de Jesús a Bartimeo le generó esperanza y le abrió horizontes. El ver

cómo Jesús se involucraba y escuchaba su grito, «Jesús, ten compasión de mí», ya le levantó de su postración. Por otra parte, para poder ver al otro, debemos cultivar el deseo de ver a Jesús. Se trata de suscitar una mirada que, para que pueda incluir sin relativizar la verdad, quiere ver siempre a Jesús en el rostro de los que sufren. Debemos incluir a todas las personas pero sin relativizar la verdad. El Dios que ha venido a este mundo y se hizo hombre se involucra en la vida cotidiana, no discrimina ni relativiza, su verdad es la del encuentro que descubre rostros, hace procesos y tiene la paciencia del fermento que hace crecer. La mirada de amor tampoco discrimina ni relativiza, es siempre misericordiosa, es mirada creativa, es mirada de amistad; y a los amigos se les acepta como son y se les dice la verdad.

Para seguir pensando

1. ¿Qué gritos escucho en estos momentos donde vivo, en España, en el mundo?

2. Aprender junto a Jesucristo el camino hacia Dios, ¿qué consecuencias trae para mi vida y para la Iglesia?

3. ¿Tengo celo misionero? ¿Cómo se manifiesta vivido en mi matrimonio, en mi familia, en el grupo de amigos, en mis proyectos profesionales y laborales, en mis compromisos, en la comunidad cristiana en la que vivo la fe?

4. ¿Acompaño y miro a los hombres en su realidad? ¿Recojo de cada ser humano con el que me encuentro en la vida lo que Dios puso en él? ¿Cómo entiendo yo, que la mayor exclusión que puedo realizar es no mirar?

5. ¿Qué exigencias tiene para mí decir que soy fermento?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

5.- Tentación en la misión: ocultar la realidad: «Muchos lo increpaban para que se callara»

«Muchos lo increpaban para que se callara». En un mundo cambiante y acelerado, no podemos ser ocultadores de las realidades que nos rodean; al contrario, debemos mirarlas de frente y, sobre todo, no debemos silenciar los gritos de quienes expresan sus necesidades desatendidas. Pues bien, cuando estaba repensando y meditando en esta tentación del ocultamiento, vino a mi memoria que tenía guardados unos apuntes de las clases que impartía a los alumnos de la Escuela de Magisterio de Torrelavega (Cantabria). Me puse a buscarlos y pude releer que hablaba a los futuros educadores sobre la gravedad de que un educador oculte la realidad porque sus ideas no coincidan con lo que sucede. Los animaba en su futuro quehacer a fortalecer siempre todo brote de vida que supusiese crecimiento para los alumnos y contribuyese a cambiar la realidad y hacerla más humana. Les decía que educar es una de las tareas más apasionantes de la existencia. Requiere abrirse a todos los horizontes, ampliándolos siempre para ver más, ponerse en camino de forma abierta y renovada, dejarse cuestionar por las necesidades humanas, buscar siempre salidas, vencer el cansancio y los inconvenientes del camino y tratar de responder a las necesidades de quienes nos encontremos. Para esto, es necesario tener esperanza, saber que todo puede cambiarse. Precisamos esa sabiduría que nos sitúa siempre en la gran novedad que necesitamos. Bartimeo había estado mucho tiempo al borde del camino, quizá había gritado muchas veces, pero nadie se había acercado a su vida. Dejado al borde del camino, tuvo la ocasión de dar el grito a quien nunca nos deja de lado. Jesús nos pone en el centro del camino, responde a las preguntas que planteamos, nos abre al don de integrar el pasado, el presente y el futuro para hacer-

nos servidores de los demás, para no dejar nunca a nadie aparcado al borde del camino. Ningún ser humano puede ser olvidado y descartado. La mejor manera de eliminar el olvido y el descarte nos la ofrece Jesús con el testimonio de su vida. En ella encontramos tres aspectos esenciales para eliminar el ocultamiento y descarte:

1. Entender la vida como un camino y al hombre como caminante. ¿Qué es lo que nos sucede cuando venimos a este mundo, cuando nacemos? Nos ponemos en marcha a lo largo de la compleja existencia y nos encontramos con personas diferentes, con situaciones variadas, que nos hacen volver a ponernos en camino, porque no podemos estar quietos o estancados. Si no entramos en este dinamismo, nos anulamos como personas y anulamos a los que nos rodean. Se trata de caminar para salir de sí. Eso ya genera una esperanza, es más, caminar es esperanza. Ante todos los males que hay en el mundo, especialmente cuando se ocultan personas y realidades incómodas o cuando no se deja caminar y se cierran caminos, provocamos el desaliento, el mismo que tenía Bartimeo. ¡Cuántos habrían pasado por ese mismo camino y cuántos habrían pasado de largo! Es más: quienes acompañaban a Jesús querían hacer lo mismo. Es Jesús quien actúa de otra manera, porque quiere que los hombres caminen y no los mantengamos apartados en el margen del camino.

2. Caminar en confianza y esperanza. ¿Cómo tener ambas? La confianza es un don. En un libro que publiqué hace dos años titulado *Los jóvenes confían en Jesús* ponía la confianza y la esperanza en el padrenuestro. En esta oración es donde Jesús expresa y nos contagia esa confianza y esperanza primordiales, de tal manera que parece que confianza y esperanza son lo mismo. No detenerse en el camino es la única manera de no caer en la tentación de ocultar y de descartar la gran oferta que puede hacer un educador cristiano a la sociedad. Es verdad que en ocasiones ha de

hacerlo en soledad, pues no le respalda la sociedad que a veces promueve el detenerse en el camino, ni le respaldan los padres que desconocen los cimientos que debieran dar a sus hijos para que crezcan en la confianza y en la esperanza. Saberse querido por Dios es la esencia del padrenuestro, la identidad de esta oración. Se trata de saber que Él nos sostiene: «Padre nuestro»; saber que no nos abandona: Padre nuestro»; saber que en esta confianza hago el camino de mi vida: «Padre nuestro»; saber que en ese camino se me devuelve la imagen que tengo y que soy de Dios: «Padre nuestro»; saber que espero en su corazón: «Padre nuestro»; saber que en el camino no me extravió y por eso no me detengo porque Él me guía: «Padre nuestro». La tentación de detenernos, de detener la marcha, de situarnos o situar al borde del camino es grande, la consecuencia es vivir en el *des-esperar*.

3. Caminar con el corazón lleno de inquietudes. Se camina con inquietudes y se deja de caminar cuando nos instalamos. Hay un deseo de verdad y de vida en todos los hombres, pero también es cierto que hay muchas situaciones que entorpecen este deseo. Y esto sucede cuando se cortan las alas de la imaginación y de la creatividad. A Bartimeo, al borde del camino y ciego, le cortaron sus alas. Vio un atisbo de luz cuando se enteró de que Jesús pasaba por el camino. Seguro que había oído hablar de Jesús, por eso su imaginación y su creatividad le llevaron a gritar: «Jesús, ten compasión de mí». ¿Qué queremos, personas quietas o inquietas? Una persona inquieta es la que no dejará a nadie al borde del camino, buscará salidas creativamente, impulsará tareas y devolverá esperanza. ¡Qué belleza regala a la vida el ser humano en camino, que busca que todos los hombres y mujeres estén en el camino y no al borde, que tengan protagonismo en la historia, que gesta al hombre esperanzado! ¡Qué tristeza aporta a la vida y con qué tinieblas ensombrece la historia el ser humano quieto e instalado, el que, al no estar en camino, no ve los que están al margen!

Para seguir pensando

1. ¿Me sitúo en la realidad o la oculto? ¿Hago mi programa de vida, de familia o de comunidad, mirando u ocultando?

2. ¿Entiendo la vida como un camino y me miro a mí como un caminante? ¿Qué encuentro y qué doy en el camino?

3. ¿Hago el camino confiando y esperando? ¿Qué significa para mí confiar y esperar?

4. ¿Cómo percibo el abrazo de Dios? ¿Devuelvo ese abrazo a quien encuentro en mi camino?

5. ¿Es para mí el padrenuestro una manera de vivir y de entender la vida? ¿Por qué?

6. ¿Tengo inquietudes? ¿Me defino a mí mismo como quieto o como inquieto?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

6.- Mirada y escucha de Jesús en la misión, se detiene y llama: «¿Qué quieres que haga por ti?»

«Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego, diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llama”». Impresiona constatar hasta dónde llega la ternura de Dios: se hace hombre, entra por nuestros caminos, tiene una pasión singular por todo lo humano y ante las llamadas de auxilio, se detiene, llama a quien le requiere y responde con prontitud. Esta respuesta nos deja impactados: Dios se pone a nuestro lado, Dios habla con nosotros, Dios se interesa por nosotros, Dios responde a nuestros interrogantes. La ternura y el amor de Dios son manifiestas y colman el corazón. El Señor nos enseña una categoría que es clave en nuestra vida de cristianos y de la que el Papa Francisco nos ha hablado en muchas ocasiones. Me refiero a la proximidad. Como tal, es de ida y vuelta. ¿Qué quiero decir? Que, por una parte, el Señor se nos aproxima cuando estamos en una situación mala, como el caso de Bartimeo, solo, no escuchado por nadie, al borde del camino... Cuando grita, el único que le escucha es Jesucristo. Pide que lo acerquen a Él y se pone a su disposición: «¿Qué quieres que haga por ti?». Y, por otra parte, nosotros sentimos la proximidad del Señor y nos hacemos próximos a Dios mismo, entramos en comunión con Él. Esto es un amor de ida y vuelta.

¡Cuántas veces el Señor se ha acercado a nuestra vida y nosotros no lo hemos reconocido! Nos ha pasado en muchas ocasiones como a los discípulos de Emaús que no lo reconocieron. El caso de Bartimeo es diferente; él reconoce y siente que Cristo pasa a su lado, quiere estar con Él y por eso grita. Los gritos de Bartimeo

son los gritos de todos los pobres de la tierra. También de los que no lo conocen y no ven, porque están ciegos para ver las necesidades de los demás y ciegos para entregar lo que más necesita el ser humano para ser: el amor mismo de Dios. Y no solamente se nos aproxima, sino que nos escucha, atiende nuestra necesidad, y expresa su cercanía en el ámbito de la justicia y del amor. No es justo que un ser humano esté tirado al borde del camino. A quien está así hay que aproximarle al amor mismo de Dios, que otorga siempre encuentro, comunión y solidaridad. ¡Qué perfección adquiere la proximidad entre el Padre y el Hijo! De esa proximidad procede el Espíritu Santo. Es una proximidad perfecta, dinámica, que nos hace descubrir hermanos en la carne de todos los hombres, de un modo singular en la carne sufriente de los pobres y tratados injustamente. Es la proximidad bidireccional que experimentamos cuando dejamos que entre el Señor en nuestra vida y de nosotros solamente salen sus obras y su amor hacia todos los que nos encontramos en el camino.

El encuentro de Jesús con Bartimeo y la pregunta «¿qué quieres que haga por ti?» ha de ser el encuentro que la Iglesia tiene que hacer con todos los hombres. Es un encuentro que da visibilidad a una Iglesia que no puede ser temerosa ni encerrada en sí misma, sino inflamada por el amor mismo de Cristo. Una Iglesia que no sabe de desilusión, que nunca abandona la comunión, que sabe que Pedro es Pío XII, san Juan XXIII, san Pablo VI, Juan Pablo I, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Que responde a las llamadas de Pedro y que no entra en la duda de la comunión. Que siempre regresa llena de alegría a la cercanía de Pedro y que llama a todos a vivir la experiencia de la proximidad. Esta es la Iglesia que fundó Jesucristo y a la que envió por el mundo para encontrarse con todos los hombres sin excepción.

La mirada y la escucha son actitudes fundamentales para realizar el encuentro. Precisamente por eso, la mirada de Jesús es tan importante. Penetra la existencia entera del ser humano y capta todas las necesidades fundamentales del ser humano. Todo el que se deja mirar por Jesús y mira a Jesús se conoce más y mejor. Quizá por eso santa Teresa de Jesús donde más se conoció a sí misma, conoció lo que quería el Señor de ella y conoció a Dios fue en la oración. De ahí que, cuando habla de cómo hacía oración y de lo que es orar, nos lo dice con una expresión muy sencilla, pero muy profunda con palabras que entendemos todos: «Él me mira y yo lo miro, lo miro y me dejo mirar por Él». La mirada de Jesús nos lleva al encuentro con Él y en ese encuentro nos sentimos incondicionalmente acogidos y escuchados. Esta fue la experiencia de Bartimeo. No podemos separar la escucha del encuentro ni el encuentro de la escucha.

Recuperemos para la Iglesia la categoría del encuentro. Y para ello utilicemos el diálogo con todos los hombres en todas las situaciones. En el encuentro se da el diálogo y en ese diálogo, para que sea verdadero, necesariamente se ha de dar la escucha. Esto no es algo nuevo. Nos lo recuerda san Pablo VI: «La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio [...]. El diálogo debe caracterizar nuestro oficio apostólico, como herederos que somos de un estilo, de una directiva pastoral que nos ha sido transmitida por nuestros predecesores del siglo pasado, comenzando por el grande y sabio León XIII, que casi personifica la figura evangélica del escriba prudente, *que como un padre de familia saca de su tesoro cosas antiguas y nuevas* (Mt 13, 52)»³⁹.

Revelar a Jesucristo y su Buena Noticia a quienes no lo conocen o han aparcado su vivencia cristiana, alentar a vivir con la fuerza del

³⁹ ES 38.

Espíritu Santo a quienes se sienten miembros de la Iglesia, siendo testigos fuertes de Cristo, ese ha de ser el programa fundamental de la Iglesia. Es el mismo que ha venido utilizando la Iglesia desde el día de Pentecostés en el que comenzó su misión. Un programa en el que el encuentro con las diversas culturas tiene que establecerse desde la escucha y el diálogo. Viene bien volver a escuchar lo que nos decía san Pablo VI: «La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea no llega a su vida concreta»⁴⁰.

Pero volvamos al inicio de la Iglesia para recordar con las mismas palabras de san Pablo VI que «no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo»⁴¹. «Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece. Él es el alma de esta Iglesia»⁴². «Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu»⁴³. Nosotros vivimos en la Iglesia un momento privilegiado del Espíritu. Por todas partes se trata de conocerlo mejor, tal como lo revela la Escritura. Uno se siente feliz de estar bajo su moción. Se hace asamblea en torno a Él. Quiere dejarse conducir por Él»⁴⁴. «Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación»⁴⁵.

Era con su Palabra con la que Jesús se ganaba el corazón de las gentes. Así lo vemos de continuo en el Evangelio cuando nos dice «que venían a escucharlo de todas partes», pues se maravillaban de sus enseñanzas y de sus obras. La gente percibía que quien les ha-

⁴⁰ EN 63c.

⁴¹ EN 75a.

⁴² EN 75d.

⁴³ EN 75e.

⁴⁴ EN 75f.

⁴⁵ EN 75h.

blaba tenía autoridad. Su Palabra no se mueve tanto en el orden del hacer como en el del ser, aunque dice lo que hace y hace lo que dice. En el encuentro con Bartimeo, la centralidad está en la persona de Jesucristo; después vendrá el hacer, pero lo primero ha sido la llamada de Bartimeo a Jesús y su respuesta, su Palabra: «¿Qué quieres que haga por ti?».

¡Qué bueno es convertirnos en servidores de la Palabra! Hemos de dejarnos educar por ella. Es fecunda cuando se hace vida en nosotros. Seamos conscientes de que no somos dueños de la Palabra, tan solo somos sus servidores. Acercamos la Palabra a los hombres y mujeres y vemos cómo se hace vida. Para acercar la Palabra, cuidemos la mirada e imitemos a Jesús. En la acción misionera, la mirada es muy importante, la mirada es dignificadora. No podemos cerrar los ojos ante nadie, ni hacernos los distraídos. El Señor nos llama y nos pide que amemos, miremos, acariciemos, acompañemos y enseñemos. Hay una tentación permanente en la vida del ser humano; cuando algo o alguien nos puede complicar la vida, nos hacemos los distraídos y nos desentendemos.

La mirada tiene que ser confiada, superando la tentación de curiosar en la vida de los demás. Es la mirada atenta que pone todo el corazón con quien se encuentra, que no está pensando en separar el trigo de la cizaña. Mira sin más, se fía, acoge, promueve, entra dentro de la persona y alcanza su corazón. Naturalmente la mirada tiene que ser esperanzadora, lo que no impide discernir y detectar la cizaña. Sin embargo, no se alarma y pone todo su amor en que solamente crezca el trigo, lo bueno del ser humano, la imagen de Dios que somos.

Para seguir pensando

1. Decir a quien me encuentro en el camino de la vida «¿qué quieres que haga por ti?», ¿complica e implica mi vida, me hace prójimo como el Buen Samaritano?

2. ¿Cómo vivo la proximidad: en teoría o en mi vida real? ¿Qué implica en mi existencia personal hacerlo de una u otra manera? ¿A qué me lleva?

3. ¿Doy visibilidad al encuentro con los más pobres y necesitados? ¿Cómo?

4. ¿Vivo la misión en la Iglesia con temor y desilusión o con la pasión de quien sabe que esta es cuestión fundamental para un discípulo misionero?

5. ¿Tengo tentaciones de abandonar la comunión con quien me interpela, aunque sea inadecuadamente, me interroga, pone las páginas del Evangelio ante mis ojos, o a través de personas concretas que viven junto a mí?

6. ¿Capto las necesidades de los hombres? ¿Estoy con los ojos abiertos a la realidad? ¿Qué hago para ello?

7. ¿Dialogo con todos los hombres en todas las situaciones? ¿Miro, acompaño, promuevo, enseño, acaricio todas las situaciones en las que viven las personas diciendo de corazón «qué quieres que haga por ti»?

.....

.....

.....

.....

7.- En la misión, el abrazo y la ternura curan y atraen: Bartimeo recobra la vista y se hace discípulo

«El ciego le contestó: “Rabbuní, que recobre la vista”. Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha salvado”. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino». ¡Qué importante es que el ser humano se sienta atendido en sus necesidades! ¡Cuánto valoramos no ser un número entre muchos! El ciego al borde del camino tiene un nombre, Bartimeo, y tiene una historia personal, es el hijo de Timeo. Pero aún más importante es encontrar siempre a alguien que se fije en nosotros, que nos mire y que nos atienda. Bartimeo encontró a Jesús del cual seguro que había tenido noticia. Y tiene la oportunidad de dar aquel grito que alcanzó el corazón del Señor: «Hijo de David, ten compasión de mí». Aquel grito cambia su vida. Es el grito que tantas gentes dan en este mundo desde las periferias existenciales. El Señor se valió de los que le acompañaban. Les dijo «llamadlo», e hicieron la llamada al más puro estilo de Jesús: «ánimo, levántate, que te llama».

Qué importante es tener en la vida personas que nos digan, sobre todo en los momentos difíciles, «¿qué quieres que haga por ti?». La importancia de estas palabras reside en que muestran interés por la persona y por su situación, y expresan el deseo de implicarse con ella e incorporarla a la vida con la dignidad de un hijo de Dios. No basta cualquier persona para sanar. Bartimeo reconoce que Jesús es Rabbuní, Maestro. Y le expresó al Señor su necesidad, «que recobre la vista». Hoy podríamos traducir su petición por: que sepa ver lo que soy, que me ayudes a salir del descarte, que sepa vivir con el valor que tiene la vida, que descubra esperanza y horizontes, que dé valor a quien es el sentido de la existencia, y que ponga todos los medios

necesarios para que nadie esté excluido del camino. «Que vea, Señor», reconoce sin rodeos a quien puede hacer algo por él. Jesús responde con la misma simplicidad: «anda, tu fe te ha salvado». Es la fe la que salva, es la fe la que nos devuelve la dignidad, la que nos hace ver con la novedad de Jesucristo. Nos descubre que somos hijos de Dios y hermanos, que nadie puede hacerse dueño de nadie pues el dueño de todo es Dios y Él quiere que la fraternidad sea lo que canalice la vida entre nosotros. Él hace posible que nadie prescinda de nadie, que nadie margine a nadie. Todos en el centro, tal como nos ha puesto Dios mismo.

Hemos de asumir el compromiso de que la nueva cultura emergente sea íntimamente evangelizada, que se reconozcan los verdaderos valores, que se defiendan los derechos humanos, que se promueva la justicia en todas las estructuras de la sociedad. Es urgente acercarse a todos el humanismo verdad, el que nos ha regalado Jesucristo, el que hace nuevas todas las cosas. Como verdadero humanismo no nos puede apartar a los hombres de la relación con Dios, sino todo lo contrario. Hará ver la necesidad de establecer esa relación tan especial, aquella que tuvo Bartimeo y merced a la cual se dirigió al Señor con aquella fuerza: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Ese grito lo siguen dando nuestros contemporáneos. Es verdad que no se dirigen directamente a Jesús porque quizá no lo ven. Pero para nosotros los cristianos es una gran interpelación. El grito, la necesidad de escuchar «¿qué quieres que haga por ti?», es manifiesta. Los cristianos hemos de tener en el centro de nuestra vida a Jesucristo para salir a su encuentro con ese humanismo verdad que interpela, que da respuestas y que muestra lo que dijo Jesús a Bartimeo: «Anda, tu fe te ha salvado».

De ahí que la Iglesia tiene necesidad de mostrar cada día más claramente el rostro del Señor en la vida real, para que nuestra sociedad per-

ciba los verdaderos valores. Para ello es necesario recuperar la conciencia de la primacía de los valores morales. Nos han de llevar a no dejar al margen a nadie. Nos ayudará a ello el volver a la verdadera sabiduría, a comprender el sentido último de la vida y a los valores incuestionables. Como nos decía el Concilio Vaticano II, «nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría»⁴⁶.

«Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús». ¿Quién produjo en Bartimeo esta reacción? Sencillamente, la ternura del abrazo de Jesús. Cristo, con su amor y el don de sí a los demás, introdujo en nuestra existencia una dinámica que lo transforma todo. Nos sitúa en el horizonte del amor, que es central en la experiencia cristiana, y hace palpable la ternura, aparcada entre tantas prisas con las que vivimos. Es necesario que con la mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, contemplemos todo lo que acontece y hagamos posible ese salto que acerca a todos a Jesús. Él tiene siempre palabras de vida. ¡Es lo que sucede con Bartimeo! Termina, tras recobrar la vista, incorporándose a los seguidores de Jesús: «Y al momento recobró la vista y los seguía por el camino». La fuerza de la Iglesia reside esencialmente en su capacidad de amar y de enseñar a amar. Seguir los pasos y las huellas de Jesús nos lleva a aprender de Él, con Él y por Él cómo acoger su amor y sembrarlo en el mundo. Esto es válido también para quienes puedan ser más hostiles a nuestra acción misionera. La forma de acercarnos a ellos nos la revela el último Concilio: «Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo»⁴⁷.

⁴⁶ GS 15.

⁴⁷ GS 38.

Volvamos a lo nuclear de la misión. Tenemos la gran encomienda de seguir preguntando a todos los hombres y mujeres, en todas las situaciones, «¿qué quieres que haga por ti». Y lo queremos hacer como el Señor lo hizo con Bartimeo, en el horizonte de las bienaventuranzas, donde hay una primera bienaventuranza que no está dicha sino predicha y que es el mismo Jesucristo. Él es la gran Bienaventuranza. El Señor nos quiere seguir congregando en torno a la verdad, al bien y a la belleza.

Sí, el Señor nos quiere congregar en torno a la verdad, quiere de nosotros que, como Bartimeo, sintamos en lo más profundo del corazón aquellas palabras de Jesús: «Anda, tu fe te ha salvado». Ello requiere que seamos discípulos misioneros enamorados y apasionados por haber encontrado en Jesucristo, que es la verdad del hombre y la verdad de la vida. Este encuentro nos llevará a ser fieles servidores, empeñados en anunciar el Evangelio desde y con una vida espiritual centrada en la escucha de la Palabra de Dios, en la celebración de la Eucaristía y viviendo siempre con la fuerza de la misericordia de Dios que acogemos en la celebración del sacramento de la Penitencia. Así, asumiendo con fuerza el mandato del amor, paseamos por este mundo en las realidades concretas que viven los hombres contagiando aquello que estamos viviendo.

Por otra parte, también necesitamos contemplar al bien que es el mismo Jesús. Servidores de la Vida, nos tenemos que nutrir contemplando a quien es la Vida. Hoy el discípulo misionero o es contemplativo o se cansará de la misión. ¡Qué bien nos lo hacen entender los jóvenes que tienen una sensibilidad especial para pasar tiempo contemplando al Señor vivo en el misterio de la Eucaristía! Nutrirnos, ver al Señor, contemplarlo para salir y curar no desde nuestro yo, sino con el amor y el bien de Él. El ardor es obra y don del Espíritu Santo y se basa en la docilidad al impulso del Espíritu que moviliza y transforma todas las dimensiones de la existencia.

Tampoco podemos olvidar la belleza que encontramos en Jesucristo. ¡Qué bien nos describe la belleza de evangelizar la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*! En su descripción está el modo de regalar la belleza que se nos pide entregar a todos los seres humanos: «Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nada ni nadie sea capaz de extinguir. Sea la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo»⁴⁸.

⁴⁸ EN 80g.

Para seguir pensando

1. Me dejo preguntar por Jesús, ¿qué quieres que haga por ti?
¿Qué le diría?

2. ¿Manifiesto a quienes me encuentro por la vida que me preocupo por ellos, que los fundamentos de mi vida se fraguan con la misma pregunta de Cristo: «¿Qué quieres que haga por ti?»?

3. Crear, confiar, contagiar esperanza, crear la atmósfera que Jesús hizo experimentar a Bartimeo, ¿es mi ocupación como discípulo misionero?

4. ¿Mi preocupación es impulsar los valores que promueve el humanismo de Cristo? ¿Sé que esto se verifica si tengo en el centro de mi vida a Cristo? ¿Sé que esto se verifica si muestro su rostro en la vida real?

5. La fuerza dinámica que lo transforma y cambia todo es Cristo con su amor, es la ternura de su abrazo incondicional. ¿Vivo sabiendo que la tarea y la fuerza de la Iglesia está en su capacidad de amar y de enseñar a amar como lo hizo Jesús?

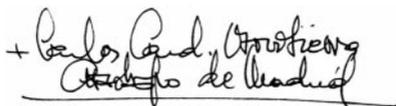
6. El abrazo de Jesús se nos describe con una belleza inaudita en las bienaventuranzas. ¿Tengo en mi vida ese horizonte? ¿Dónde se encuentra y está la belleza de evangelizar?

.....
.....
.....

Conclusión

Quiero terminar esta carta pastoral, recogiendo unas palabras del Papa Francisco con las que os animo a vivir el protagonismo misionero que nos pide el Señor a la Iglesia y que en el Año Santo Mariano descubríamos en la Santísima Virgen María. En manos de Santa María la Real de la Almudena pongo a nuestra Iglesia diocesana, con el deseo de que nos haga como Ella, discípulos misioneros: «Cada Iglesia particular [...] está llamada también a la conversión misionera. Ella es sujeto primario de la evangelización en cuanto manifestación concreta, en un lugar del mundo, de la única Iglesia; de modo que, en ella, está verdaderamente y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica. La diócesis es la Iglesia, encarnada en un espacio determinado, que está provista de todos los medios de salvación dados por Cristo y a los que da un rostro local. Su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados, como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales [...]. Y para que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma»⁴⁹.

Con gran afecto os bendice,

A handwritten signature in black ink, reading '+ Carlos Card. Osoro Sierra' and 'Arzobispo de Madrid'.

+ Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

Madrid, 15 de agosto de 2019, fiesta de la Asunción de María

⁴⁹ EG 30.



Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ Carlos Card. Osoro Sierra